

IN MEMORIAM DEL DR. MANUEL PINEDA PRIEGO

Joaquín Criado Costa
Académico Numerario

Excmo. Sr. Presidente,
Ilustre Cuerpo Académico,
Querida familia del homenajeado,
Señoras y Sres.:

En una inmensa mayoría de las Academias o Reales Academias —por no decir en todas o al menos en las no pocas que conozco a fondo por razones obvias— *al fallecer uno de sus numerarios* —que son los genuinos miembros de las mismas—, se le dedica una sesión pública y solemne en la que una o varias personas resaltan los méritos científicos, literarios o artísticos del finado y ponen de manifiesto las virtudes humanas, personales, que lo adornaban.

Han sido otros, antes y con más propiedad que quien les habla, los que han expuesto el quehacer científico del Ilmo. Sr. D. Manuel Pineda Priego durante su fructífera vida.

En poco tiempo la Parca se ha llevado a tres de mis mejores amigos, compañeros en esta Casa y en múltiples tareas: los profesores D. Enrique Aguilar Gavilán, D. Manuel Pineda Priego y D. Joaquín Mellado Rodríguez.

El profesor Pineda Priego ha tenido un paso relativamente breve por esta Real Academia, pero su huella ha sido profunda en no pocos aspectos, destacando el aspecto científico, el social, el de la autoexigencia y el de la amistad, entre otros muchos.

No los iré desgranando uno a uno, sino que su recuerdo y reconocimiento irán ensamblados en un ejercicio de complementariedad.

Conocí personalmente a D. Manuel —a Manolo— en esta misma sala que hoy nos acoge, el día de su toma de posesión oficial de la cátedra de Fisiología Vegetal, por formar yo parte de la presidencia del acto, junto a

un amigo común: el profesor Domínguez Vilches, a la sazón rector de la Universidad. Pronto surgió entre nosotros un sentimiento recíproco de aceptación, de *feeling*, que fue también *in crescendo* hasta convertirse en una amistad profunda y sincera, en comunión con otros académicos amigos como la profesora Porro Herrera o los profesores Aguilar Gavilán y López Fernández, a los que se unirían la profesora Pineda Rodríguez y el profesor Blázquez Ruiz, casi todos de campos docentes muy diferenciados, lo que llevaba a nuestro homenajeado a gastar frecuentes bromas que demostraban su sentido del humor, exponente de su envidiable inteligencia.

Era una gozada hablar con nuestro académico fallecido de cualquier cosa, porque sabía de muchas: recuerdo su explicación de las afinidades entre la Fisiología Vegetal y la Biotecnología, lo que unido a su profundo e intenso amor a su pueblo natal, Espejo, lo llevó a presidir durante varias décadas la cooperativa olivarera «San Isidro» de aquella localidad, así como a asesorar a otra cooperativa aceitera de mayor escala como es la del Tejar, que visitamos los amigos con él en algunas ocasiones.

Como fuimos a Espejo, invitados por él y por su esposa, Rafi, varias veces, con diferentes motivos: fiestas de la matanza, homenaje que le daba su pueblo al dejar la presidencia de la cooperativa, particular cata del coccido espejeño o simplemente a lo que se dice «echar el día».

Aún recuerdo especialmente la tarde-noche en que acompañamos al granadino Tico Medina a Espejo para que diera, invitado por la cooperativa, el pregón del aceite. En el trayecto desde Córdoba y en el coche del biotecnólogo, nos inquiría sobre Espejo, sobre su historia, sobre su economía y sobre su aceite, aspectos y datos que desconocía por completo el pregonero. Ironías de la vida.

Ese día se nos unió otro académico espejeño, el doctor Miguel Ventura, quien al final de la cena nos sorprendió y nos deleitó con algunos cantares sureños.

Realizamos igualmente los miembros del grupo de académicos amigos (y otros más) varios viajes por el extranjero, como París o Londres, y por España, como La Rioja. Alguno que otro, como el organizado a la Vera extremeña, no pudo llevarse a cabo por la dichosa pandemia.

En esos viajes, mitad culturales, mitad socio-turísticos, el profesor Pineda solía llevar la voz cantante y en ellos demostraba su vasta preparación científica y era el encargado de proporcionar el pan para acompañar las lonchas de jamón de Jabugo o de Los Cardos en sobres que viajaban con nosotros, por si las comidas extrañas no eran completamente de nuestro agrado. A veces consumidas en los lugares más insólitos como si fuéramos

estudiantes: en un parque, en un bordillo o incluso en la mesa de un bar, como en Portobelo, donde, sin quererlo, despertábamos la envidia de los ocupantes de las mesas cercanas, a quienes hacíamos partícipes de nuestro festín tras solicitarlo a los camareros y éstos, lógicamente, denegarlo por no contar con las viandas solicitadas.

En algunas ocasiones nos acompañaron a Paquita, mi esposa, y a mí, en la finca «Los Cardos», donde todos, pero especialmente Manolo Pineda, demostraban sus cualidades culinarias. Los de letras, aprendíamos mucho de Fisiología Vegetal, Bioquímica, Ecología y Química Física.

Pudimos comprobar que nuestro homenajeado póstumamente madrugaba con frecuencia para irse junto a la chimenea francesa a leer y a escribir sobre la materia de su especialidad y a estudiar la manera de poner en marcha el proyecto de «Rabanales 21», que tan familiar llegó a resultarnos a todos.

En «Los Cardos» nos cogió el nacimiento en Madrid de mi nieta pequeña. Paquita se marchó al día siguiente a la villa del oso y el madroño tras acercarla el matrimonio Blázquez-Pineda en coche a coger un tren AVE en Puertollano. El biotecnólogo quedó a cargo de la cocina, si bien con la ayuda de todos. Sus éxitos fueron clamorosos, aunque esperados.

En fin, que poco a poco fuimos forjando una amistad colectiva que sigue en pie y esperemos que por mucho tiempo, aunque seguimos lamentando la marcha de Manolo.

Los aspectos científicos y profesionales de Pineda Priego han sido expuestos por otras personas de preparación más afín a la suya. Por ello y porque por normativa y por costumbre me corresponde hablar sólo antes del Sr. Presidente, que cerrará la sesión necrológica de hoy, he querido tratar otros aspectos del profesor Pineda Priego, académico que amó con fruición a esta corporación académica, dándole lo mejor de sus conocimientos y ofreciéndole su sentido de la justicia para conseguirle el nivel de excelencia que sin duda merece. Así me lo expuso numerosas veces, sobre todo cuando «casi a diario», por tener los dos despachos en esta casa —él como Presidente de la Corporación Empresarial de la Universidad de Córdoba y quien les habla como Director de esta Real Academia durante dieciséis años—, tomábamos café con churros o cerveza con jamón de Los Pedroches o de Jabugo en los bares de la zona.

No quiero dejar de dar testimonio de la integridad moral del Dr. Pineda Priego, del gran amor a su familia —a Rafi, su viuda hoy, a sus hijos Manolo, Rafa y Beatriz, a sus nueras, a su yerno, a sus nietos y a sus hermanos.

Desde el puesto de caracoles de la plaza de la Magdalena, tan cercana a su domicilio, desde los restaurantes de las inmediaciones y desde su propia casa, hasta donde esté, que seguro que es un muy buen sitio, le enviamos el recuerdo que se mereció y que se merece.

Descanse en paz el compañero abnegado, el sabio profesor, el experimentado empresario, el certero asesor, el incansable trabajador, el maestro sencillo, el defensor de las causas que consideraba justas, el entrañable y exigente amigo porque el grado de su autoexigencia rayaba con frecuencia el sacrificio personal.

★ ★ ★